

ZBD # 9



Guido Mazzoni (poesías)

Textos recibidos el 25/11/2016, aceptados el 25/11/2016 y publicados el 30/01/2017



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License



Guido Mazzoni nace en Florencia en 1967. Ha vivido y trabajado en Pisa, Londres, París y Chicago. Hoy en día vive en Roma y enseña literatura en la Universidad de Siena. Ha escrito los libros de poesía *La scomparsa del respiro dopo la caduta*, aparecido en *Poesia contemporanea. Terzo quaderno italiano*, editado por Franco Buffoni (Guerini 1992) y *I mondi* (Donzelli 2010), así como los ensayos *Forma e solitudine* (Marcos y Marcos 2002), *Sulla poesia moderna* (Il Mulino 2005), *Teoria del romanzo* (Il Mulino 2011) y *I destini generali* (Laterza 2015). Es uno de los fundadores de la página literaria “Le parole e le cose” (www.leparoleelecose.it). Su próximo libro de poesía, *La pura superficie*, se publicará en 2017. Sus textos han sido traducidos al chino, francés, inglés y español.

De *La scomparsa del respiro dopo la caduta* (Guerini, 1992)

La falta de aliento tras la caída

Como si no estuvieran estas piezas alrededor mío y no sintiese,
 al impacto el cuerpo, una forma de estupor. Y observar
 el paisaje conocido contraerse, encontrar uno nuevo,
 sujetar los fragmentos en su sitio, obviando el ruido
 que sigue al impacto, la ruptura del sillín
 y esa falta de aliento tras la caída.
 Y repensar en el olor del asfalto,
 en el azul entre los colores, siendo julio, teniendo
 yo la espalda en el suelo y los ojos en alto
 porque ahora me veo. Meterán
 sondas dentro de mí, un catéter cuando me despierto.

La pared

Vuelve el silencio tras los cristales del coche, y la pared
 del sol entre la salida y la calle
 es invisible desde aquí. Corríamos
 entre los postes y los abetos que ahora veo
 a través el aire blanco más allá del tiempo atravesar
 el primer día de 1983 junto a nosotros.
 Vacíos y colores en el paisaje disgregado, el puerto
 de Livorno al final del trayecto
 los parientes que no conocía. Tras las chimeneas,
 como un saco opaco o un enorme
 animal suspendido sobre los tejados de las casas, se inflaba
 entre el polvo púrpura el temporal.
 Rígido yo los miraba en la nube que entra
 eléctrica a través de los cristales y los escuchaba
 dentro el volumen de la radio encendida contar
 fragmentos de la propia vida, las habituales
 banalidades – los adultos, los padres. Al estupor
 que antes del sueño me anulaba, le he pedido
 con frecuencia que no sea así-.

Quisiera disculparme y defenderos ahora
 de esta fragilidad en la que os veo
 como en el fondo de un cristal, mientras os volvéis
 día tras día más comprensibles y cercanos.
 El temporal ha sacudido las ramas
 falsas de los abetos, os supera
 la voz de la radio, una pared
 de aire me separa de vosotros. Basta
 un instante para ocultaros: virutas
 del acaecer, mis personas que sois
 solo contornos, ahora, en la nube que se cierra.

Y cuando volvíamos, más tarde,
 al final de lo que recuerdo, mirando
 las mismas cosas replicarse, yo iba al baño,
 abría el agua fría, la dejaba
 paralizar la mano. Solo después
 me calmaba de nuevo, de nuevo comprendía.
 A veces, antes de dormir, un miedo
 inhumano me atraviesa y estas cosas
 que no logro nombrar
 me hablan de vosotros, cuando cae
 un estupor del techo y en la mente
 crece la ola del sueño en el que puedo

no existir ya más, ni recordar.

Aparcamiento

Aunque la vida de estas personas que salen de los coches aparcados entre las marcas del suelo de las zonas comunes les parezca incomprensible ahora que está saliendo de la infancia, sabe bien que el lugar y el tiempo en el que ha nacido le ha destinado a volverse como ellos, una versión mejorada de ellos. Para no dejar el propio coche frente a un edificio como este, para no perseguir promociones laborales entre los cuados intermedios de una jerarquía empresarial, tendrá que atravesar conflictos invisibles y feroces con los seres que hoy forman su mundo, con las personas que ama. Apoyando la frente en el marco de la ventana, estudiando el cuidado insensato con que los vecinos enceran los coches antes de cubrirlos con fundas, cree sentir el peso de lo que está a punto de suceder. Tiene trece años, sabe que la vida es solo suya; se ve solo a sí mismo.

No ve, por el contrario, que ha sido el trabajo de estas personas, el esfuerzo que han hecho para salir de las tierras de aparceros y llegar a una periferia residencial, lo que les ha dado el poder de ser distinto, de albergar otras metas y otros miedos. En la crueldad de la primera adolescencia puede entender solo pocas cosas de los individuos dispersos en la plaza. Viven para ellos; aceptan la esfera de relativa seguridad que esta periferia parece custodiar; no creen en nada que supere los propios destinos familiares. Dentro de pocos meses fuerzas innobles le harán desear trascender lo que ve, vivir una vida más prestigiosa o más moral. Buscará hacerse con una biografía distinta, experimentará pasiones por conflictos lejanos, sufrirá por injusticias que no le atañen, hasta que un día, con vergüenza y obstinación, dará a este deseo la forma más banal, trasladando a un papel su propio yo agigantado a la espera de sobrevivir más tiempo.

Veinte años después, con las mismas marcas del suelo vueltas a pintar brillando bajo los árboles de Navidad y sus coetáneos de vuelta a las casas donde crecieron llevando carritos de bebé, cree entenderlo mejor. Hoy piensa que nada puede trascender nuestro destino individual, la vida grabada en las marcas del suelo que la luz blanca parece borrar cuando tocamos los muñecos colgados en los salpicaderos o atravesamos el espacio entre los coches vacíos, siguiendo la trayectoria que fuerzas invisibles han preparado para nosotros, la elíptica de una deriva personal. Hoy cree que no existen los valores sino solo vidas, modos de interpretar un destino que siempre permanece privado, para todos. Ellos lo saben desde hace tiempo: toda su identidad está modelada sobre esta certeza. Saben que cuanto sucede en este recinto es todo aquello que realísticamente existe aquí y ahora, en los márgenes de una ciudad europea de dimensiones medias; y dentro de este espacio sacan sus mínimos arrojados de valor, eliminando todo lo que los trasciende y que un día se mostrará de repente en una prejubilación, en un divorcio, en un análisis médico, en un accidente de coche.

Millones de hombres que han vivido o viven en otros tiempos o en otros lugares han deseado y desean la vida que la clase media occidental ha conocido en la segunda mitad del siglo XX, después de milenios de violencia y pobreza. Y si es verdad que la seguridad de estas casas nace en contrapartida a la relación de fuerzas que causan violencia y pobreza a millones de seres lejanos para los que sería difícil e irreal conocer algo de eso, es igualmente cierto que poquíssimos individuos que ocupan este lugar y esta época son conscientes o tienen la culpa. Hoy entiende la dignidad, la complejidad de las personas que existen por sí mismas sin necesidad de transcendencia, recompensas, justificaciones. El aparcamiento se ha llenado de automóviles; en las bolsas esperan los regalos de Navidad. Es como ellos, y no tiene nada que oponer sino su propia mirada, la rabia sin objeto con que observa los rostros de nuevos individuos, los contornos de las nuevas construcciones bajo el cielo de siempre.

Pure Morning

El impacto de las gotas en las hojas,
 la condensación, la luz que aclara
 los geranios arrancados y todavía vivos en el vapor
 del hielo que se deshace,
 la tierra esparcida en el balcón por los jarrones – veíamos
 una periferia enorme más allá de las rejas
 de la terraza y en las luces
 de casa personas viviendo,
 poniendo en la oscuridad habitaciones iluminadas; y luego más allá,
 entre los espacios vacíos, los hilos y el muro
 de la circunvalación, comenzaba
 la red de los bulevares y la metrópolis
 inmensa se mostraba. Luego, si el cielo
 se tornaba claro y los haces
 de los faros indicaban las calles, el ruido
 tras los cristales estaba lleno
 de las vidas que veía
 retomarse en ese instante, cuando la fila
 de los coches se para y nos miramos
 existir tras las ventanillas, entre las farolas,
 con su halo en el cono de lluvia, dentro los siglos
 que ahora vienen a mi encuentro
 desde los campos cultivados, de los peajes
 de Milán si la niebla se deshace. Cada vida
 es solo ella misma: esta luz
 baja sobre las casas, los primeros trenes
 que abren el viento y nos sorprenden
 en una especie de torpor,
 la pastilla en el vaso, los adolescentes,
 en el vídeo, que cantan el dolor;
 cuando parece que la mente se esconde
 a sí misma el gesto de huir
 la mañana pura, los nudos hechos,
 en el rumor de todos el tiempo que se pierde
 por ser solo aquello que somos ahora,
 por volvernos solo soledad.

Superficie

Ahora que la conversación te ha puesto a un lado en una especie de aparte y las cosas que hace pocos minutos provocaban tensión en las relaciones entre tú y las personas sentadas en tu mesa parecen no tener peso, percibes aún el campo de tensión que un discurso sobre automóviles, sobre las formas de un vestido, sobre un modo de vivir, sobre una noticia que dentro de diez días olvidarás, puede generar de repente, pero no te cuesta recuperar el valor de lo que por un instante ha sido tan importante como para representar tu identidad y merecer una defensa. La resaca que te arrastra desgarrando la capa que te separa de los demás, cuando son frágiles los contenidos con que se llenan el juego de equilibrios y desequilibrios que une a las personas, generando la superficie en la que nos movemos. Tú, sin embargo, vives en la superficie, tú eres la superficie que te ha hecho hablar con un ímpetu absurdo sobre una elección administrativa o sobre un individuo que no conoces; y es por esto que, cuando salgas poco antes del alba y la red de las farolas, los árboles alineados entre las casas del suburbio, las siluetas de los viajeros que van a trabajar te sorprendan, te asaltará una forma de vergüenza que superarás fácilmente, porque esta es ya tu vida, la única cosa que cuenta para ti, el horizonte que no puedes superar.

Territorios

La persona que cruza tu vida pulsando los botones de la caja no sabe nada de ti, pero puede saber qué tienes y qué deseas según cómo vas vestido; puede medir la distanparecia que separa vuestros mundos mientras repite la acción por la que se le paga y que le permite vivir. Desde algún lado custodia las pasiones que vuelven tolerables los gestos repetidos durante ocho horas entre estos estantes y que le transmiten la docilidad con que permanece sentada replicando los mismos movimientos, sumando a lo que le ha pasado, a lo que ha hecho, como un destino al que es insensato oponerse. Se protege prolongando costumbres, construyendo un territorio. El tuyo comienza más allá de la puerta que has abierto, entre los viandantes bajo las vallas, mientras el pasaje que conoces te lleva de regreso a ti mismo, un cielo tenso más allá de los edificios, la luz de la mañana sobre los lugares comunes.

De *La pura superficie* (inédito)

La pura superficie *está hecha de textos numerados y divididos en secciones. Algunos están en verso, otros en prosa; algunos están escritos en primera persona, otros en tercera (o en segunda); a veces la persona de la que se habla coincide con la persona que ha puesto la firma en el libro, otras veces no; en algunos casos, la primera versión de los textos ha sido escrita por Wallace Stevens, según dice el título, pero otras veces no. Estas diferencias, fundamentales en cierto plano de realidad, son, en otro plano, del todo irrelevantes.*

Salir

Sale de casa por una razón precisa, la olvida,
 sube a un autobús que no conoce, se encuentra
 entre personas, los envuelve con el lenguaje,
 dice “estudiante de intercambio”, “tatuada”, “filipino”
 por no ver al del intercambio, a la mujer tatuada, al filipino,
 luego queda atrapado en frases absurdas, las manos coloradas
 como animales oníricos,
 como pájaros tropicales, la anarquía de los demás.

Desde hace algunos años, las cosas se me echan encima sin protección. En sueños
 veo dientes rotos, puntos de sutura, ratas
 cortadas por la mitad, a la altura de la mandíbula, que discuten entre sí.
 Con frecuencia, cuando habláis, no os escucho,
 me interesan más las pausas de la conversación,
 leo ahí una incomodidad que sobrepasa la psicología, algo primario.
 La tatuada baja antes de volverse humana, desde la ventanilla
 se ven solo detalles, durante un instante
 el filipino dice algo,
 luego prueba los tonos de llamada, su ruido
 me aturde interiormente, quisiera pegarle.
 Había salido a comprar una de esas lamparitas led
 de nueva generación, de esas que no se queman,
 un par de tijeras, fruta, una sandía.
 He escrito un texto que no va a ningún sitio, que solo quiere ser,
 ser una anécdota, como todos, quedarse en la superficie.

Gramática

El enorme insecto que ocupa la pared del salón se ha topado durante horas con el cristal intentando huir. Demasiado pesado como para ser aplastado sin remordimiento como lo sería un insecto pequeño, expresaba el propio terror arrojándose a sí mismo contra una barrera que no podía percibir. He abierto los cristales para ayudarlo, pero la diferencia entre nosotros era tan grande que a cada gesto mío, indescifrable para él, amplificaba el miedo. Intentaba entender qué percibiría, quería evitar que su agitación perdiese valor convirtiéndose en una función de la mía, una metáfora humana. Su movimiento entraba en mí, intentaba dividirme. El río, las personas, la oficina postal más allá del cristal eran pequeños en aquel momento, se tornaron superficiales. Porque, en definitiva, no podemos comprender: demasiada grande la diferencia, demasiado pesado lo que los demás suscitan en nosotros. Sin embargo, su agitación alude a una angustia, compone una gramática que misteriosamente nos pertenece. Es por esto que ahora salgo de la habitación y dejo abierta la ventana, es en nombre y a cuenta de esta gramática por lo que ahora estoy apenado.

Étoile

Esta persona no significa nada para ti. La penetras por inercia,
por la lógica del día, casi todo se te escapa,
la angustia que sientes al despertar quiere decir que estás solo.
En el duermevela recuerdas las uñas imperfectas,
los líquidos sobre las colchas, las grietas que se abren
entre las palabras que has dicho, entre las palabras
que no has dicho, los detalles
de esta persona, su irrealidad, su horrenda
pátina dialectal. Es el día después,

los pasajeros, en la línea seis, se llevan fuera a sí mismos,
las nubes rozan los vagones, desde las ventanillas se capta
el carácter de caja, de refugio, de las casas humanas.
Desde hace algún tiempo los sucesos pasan por encima de mí,
no me tocan. En este lado
estoy con vosotros, otro distinto va por dentro,
es invisible y me supera.
He seguido más allá de la última parada,
Étoile, sin motivo,
miraba a los demás, quería destruir o entender.

Cuatro superficies

Los demás en tanto seres exteriores,
 superficies o cuerpos. Quien dice yo por el contrario no tiene cuerpo,
 ve solamente las propias manos, las mira como prótesis,
 observa a los otros mientras mantienen
 la propia vida entera tras sus rostros,
 descubre que tiene un rostro solo en las fotos.
 Es obsceno quedar expuesto, ser una cosa – yo, este coche,
 el escaparate del barbero, la bolsa
 de papas en la acera de la vía Gallia.
 La segunda superficie es la percepción,
 el modo en que crea un plano de realidad simplificando.
 A veces, en sueños, veo a las personas
 sin la pared abdominal, con los órganos expuestos.
 Es un sueño, significa mucho.
 En este poema significa lo que normalmente
 queda imperceptible, la mecánica del cuerpo, el tubo
 de heces que lleváis dentro, por ejemplo, la sorpresa
 de cuando la mierda se muestra al exterior como una sustancia ajena.
 La tercera superficie es el lenguaje,
 sus abstracciones, la idea de que pueda existir algo
 como eso que los signos *pueda, existir y algo*
 intentan expresar en esta frase.
 La cuarta es la imagen interior de los demás,
 su peso inmenso, su campo.
 Me muevo por vosotros, escribo esta poesía para ser aceptado,
 me vuelvo libre solo cuando morís interiormente.
 El remolque derrapa contra nuestro coche entre Chiusi y Roma,
 yo lo observo sin angustia, es una especie
 de mirada pura, de cinematografía de mi muerte. Pero Daniele
 Balicco mantiene la calma, el automóvil pasa, durante unos minutos
 no hablamos, luego vuelven las anécdotas,
 las biografías, cuatro personas.
 En inglés hay una expresión que me gusta mucho,
small talk. Son los discursos de superficie,
 las palabras de cortesía, lo que Heidegger,
 en *Ser y tiempo*, llama la cháchara, *das Gerede*. En italiano,
 en nuestra lengua interior, el término que usamos con más frecuencia
 para indicar todo esto es “tonterías”.
 Las opiniones sobre aquello que ignoramos, las charlas
 que salen de los móviles y entran en los vagones
 en medio de todos: los hijos, las infecciones de la uña,
 Pogba, los enemigos privados que no conocemos – los demás
 hablan de tonterías. Quien dice yo es la excepción, es el único
 que existe verdaderamente, es el sujeto.
 Cuando Daniele Balicco retoma el control estamos vivos,
 hablamos de tonterías. No me adhiero a nada, me parece
 que no os adherís a nada, sois la parte que falta
 en vuestro mundo, sois un lugar deshabitado.

Barely legal

Te gusta mucho, en el porno, eso que se ve en los márgenes de las escenas, cuando desaparece la teatralidad de un arte pensado para mostrar unas fuerzas que, siguiendo un principio, pasan a través de los cuerpos pero que existen dentro, en una región invisible. Por eso te gusta ese vídeo que acaba en silencio: la adolescente ucraniana se sienta de rodillas y mira frente a ella un punto fijo, el hombre de pie encima de ella coge la cámara con una mano, con la otra se toca, el pene divide en dos la pantalla, el observador espera la salpicadura en la cara. La chica es muy joven y no lleva piercings, tatuajes o signos de degradación. no parece masoquista, exhibicionista o *borderline*, no se mueve como una puta, no se mueve como una niña, no actúa según los códigos del porno que pretenden reproducir una naturaleza inexistente en un acto, follarse, que es siempre expuesto a la mirada de otro que, como tal, es siempre opaco, siempre innatural. Es un ambiente difícil, cuesta concentrarse, se deja filmar según lo acordado, pero interiormente se retrae a un espacio solo suyo, como hacen las personas, todas las personas, cuando se protegen del malestar. La consideras humana. Es un vídeo violento. Por eso te interesa.

Que esta persona grave el vídeo no es para ti algo violento, o podría serlo solo a través de una serie de pasos demasiado abstractos, demasiado moralistas para significar algo ahora, mientras te bajas los canzoncillos. Dentro del ordenador hay una cantidad enorme de porno, como si internet se apoyase en un fondo que todos conocen y que nadie nombra; dentro del ordenador está la masa de los individuos que acaban en el porno, como si hubiesen nacido al menos dos generaciones para las que dejarse filmar mientras se folla por dinero no fuera muy distinto a vender el propio trabajo pasando productos por un lector o doblando sacos de Pinko, expuestos a un contrato a tiempo parcial, a la mala educación de los clientes, a ocho hora de música comercial. O tal vez es el mundo más simple por no ser un ser cualquiera, por existir sobre la masa de esos que, en la masa, son imperceptibles. Hoy te cuesta decirlo, dentro de unos años será una idea común. El hombre deja de tocarse y la penetra una vez más; hay un momento de vacío en el que el pene no entra sin lubricación. Ella se deja pegar o sodomizar sin problemas, es la gramática erótica del presente, es estándar. ¿Dónde está la fricción, pues, dónde la resistencia?

Está en acto de mirar, de ver a esta persona mientras realiza una acción que no pertenece a su vida visible y que va en contra – en contra del yo que se cubre de vestidos e interpreta una realidad distinta, protegida por las fuerzas que os mueven cuando penetráis o os dejáis penetrar, una acción íntimamente solitaria y hecha de agresiones, un gesto que niega lo que sois cuando estáis de pie, vestidos, discutiendo de pagos, de hijos pequeños, de cuartos de final, un movimiento sin nubes, a su modo siempre cierto, que hace parecer vuestra vida visible una proyección, una construcción hecha para encapsularse y coexistir sin fricciones, previsiblemente. El hombre se acelera, la ucraniana dice *so much cum*, la gota acaba en sus cabellos, el papel higiénico se empapa en esta parte de la pantalla. Ahora puedes subirte los pantalones y ser tú mismo, ahora puedes limpiar.

Traducción de Juan Pérez Andrés

Da *La scomparsa del respiro dopo la caduta* (1992)

La scomparsa del respiro dopo la caduta

Come se non ci fossero questi pezzi intorno a me e non sentissi,
 nell'urto del corpo, una forma di stupore. E osservare
 il solito paesaggio contrarsi, trovarne uno nuovo,
 tenendo i frammenti al posto loro, togliendo il rombo
 che segue l'impatto, la rottura del sellino
 e la scomparsa del respiro dopo la caduta.
 E ripensare all'odore di asfalto,
 all'azzurro fra i colori, essendo luglio, avendo
 io la schiena in terra e gli occhi verso l'alto
 perché ora mi vedo. Metteranno
 delle sonde dentro di me, un catetere quando mi sveglio.

Da *I mondi* (Donzelli, 2010)

La parete

Torna il silenzio oltre i vetri dell'auto e la parete
 del sole fra lo svincolo e la strada
 è invisibile da qui. Correiamo
 fra i tralicci e gli abeti che ora vedo
 per l'aria bianca oltre il tempo attraversare
 il primo giorno del 1983 insieme a noi.
 Vuoti e colore nel paesaggio disgregato, il porto
 di Livorno alla fine della gita,
 i parenti che non conoscevo. Dietro le ciminiere,
 come un sacco opaco o un enorme
 animale sospeso sui tetti delle case, si gonfiava
 fra il pulviscolo viola il temporale.
 Rigido io li guardavo nella nube che entra
 elettrica dai vetri e li ascoltavo
 dentro il volume della radio accesa raccontare
 pezzi della propria vita, le solite
 banalità - gli adulti, i genitori. Allo stupore
 che prima del sonno mi annullava ho domandato
 spesso di non essere così -

Vorrei scusarmi e difendervi ora
 da questa fragilità in cui vi vedo
 come nel fondo di un vetro, mentre diventate
 giorno dopo giorno più comprensibili e vicini.
 Il temporale ha scosso i rami

finti degli abeti, vi sovrasta
 la voce della radio, una parete
 d'aria mi divide da voi. Basta
 un istante ad oscurarvi: scaglie
 dell'accadere, mie persone che siete
 solo sagome, ora, nella nube che si chiude.

E quando tornavamo, più tardi,
 alla fine di quello che ricordo, guardando
 le stesse cose replicarsi, io andavo in bagno,
 aprivo l'acqua fredda, la lascio
 paralizzare la mano. Solo dopo
 mi calmavo di nuovo, di nuovo comprendevo.
 A volte, prima di dormire, una paura
 inumana mi attraversa e queste cose
 che non riesco a nominare
 mi riportano da voi, quando cala
 uno stupore dal soffitto e nella mente
 cresce l'onda del sonno dove posso

non esistere mai più, non ricordare.

Parcheggio

Benché la vita di queste persone che escono dalle auto parcheggiate fra le strisce degli spazi condominiali gli sembri incomprensibile ora che sta uscendo dall'infanzia, sa bene che il luogo e il tempo in cui è nato lo destinano a diventare come loro, una versione migliorata di loro. Per non posteggiare la propria auto davanti a un palazzo come questo, per non perseguire avanzamenti di carriera fra i quadri intermedi di una gerarchia aziendale, dovrà attraversare dei conflitti invisibili e feroci con gli esseri che oggi formano il suo mondo, con le persone che ama. Appoggiando la fronte al legno degli infissi, studiando la cura insensata con cui i vicini incerano le macchine prima di coprirle con i teli, crede di sentire il peso di quello che sta per accadere. Ha tredici anni; sa che la vita è solo sua; vede solo se stesso.

Non vede invece che è stato il lavoro di queste persone, la fatica che hanno fatto per uscire dai poderi mezzadrili e raggiungere una periferia residenziale, a consegnargli il potere di essere diverso, di coltivare altre mete e altre paure. Nella crudeltà della prima adolescenza può capire solo poche cose degli individui dispersi lungo il piazzale. Vivono per sé; accettano la sfera di relativa sicurezza che questa periferia sembra custodire; non credono in nulla che oltrepassi i propri destini familiari. Fra pochi mesi forse ignobili gli faranno desiderare di trascendere ciò che vede, di vivere vite più prestigiose o più morali. Cercherà di procurarsi un'altra biografia, proverà passioni per conflitti lontani, soffrirà per ingiustizie che non gli appartengono, finché un giorno, con vergogna e ostinazione, darà a questo desiderio la forma più banale, mettendo su carta il proprio io ingigantito per sperare di sopravvivere più a lungo.

Vent'anni dopo, mentre le stesse strisce ridisegnate brillano sotto gli alberi di Natale e i suoi coetanei ritornano nelle case dove sono cresciuti portando passeggerini, crede di capire meglio. Oggi pensa che nulla possa trascendere la nostra sorte singolare, la vita

infissa nei lineamenti che la luce bianca sembra cancellare quando tocchiamo i pupazzi appesi sopra i cruscotti o attraversiamo l'aria fra le macchine vuote, seguendo la traiettoria che forze invisibili hanno preparato per noi, l'ellittica di una deriva personale. Oggi crede che non esistano valori ma solo vite, modi di interpretare un destino che rimane solo privato, per tutti. Loro lo sanno da tempo: tutta la loro identità è modellata su questa certezza. Sanno che quanto accade in questo recinto è tutto quello che realisticamente esiste qui e ora, ai margini di una città europea di medie dimensioni; e dentro questo spazio ricavano le loro minime sacche di valore, rimuovendo ciò che li trascende e che un giorno si mostrerà all'improvviso in un prepensionamento, in un divorzio, in un'analisi medica, in un incidente stradale.

Miliardi di uomini che hanno vissuto o vivono in altri tempi o in altri luoghi hanno desiderato e desiderano la vita che la classe media occidentale ha conosciuto nella seconda metà del ventesimo secolo, dopo millenni di violenza e povertà. E se è vero che la sicurezza di queste case nasce sul risvolto di rapporti di forza che infliggono violenza e povertà a miliardi di esseri lontani per i quali sarebbe difficile, sarebbe irrealistico provare qualcosa, è altrettanto vero che pochissimi degli individui che occupano questo luogo e questa epoca ne sono consapevoli o hanno colpe. Oggi capisce la dignità, la complessità delle persone che esistono per sé, senza bisogno di trascendenze, risarcimenti, giustificazioni. Il parcheggio si è coperto di automobili; nelle borse giacciono i regali di Natale. E' come loro, e non ha nulla da opporre se non il proprio sguardo, la rabbia senza oggetto con cui osserva i volti dei nuovi individui, le sagome delle nuove costruzioni sotto il solito cielo.

Superficie

Ora che la conversazione ti lascia da parte in una specie di cono e le cose che pochi minuti fa provocavano un'increspatura nei rapporti fra te e le persone sedute al tuo tavolo sembrano prive di peso, percepisci ancora il campo di tensioni che un discorso sulle automobili, sulle forme di un vestito, su un modo di vivere, su una notizia che fra dieci giorni dimenticherai può aprire all'improvviso, ma faticosi a recuperare il valore di ciò che per un attimo è stato così importante da rappresentare la tua identità e da meritare una difesa. La risacca che ti trascina via lacera la patina delle tue azioni e ti fa capire quanto sia piccola la distanza che ti separa dagli altri, quanto siano fragili i contenuti con cui riempiamo il gioco di equilibri e di squilibri che lega insieme le persone, generando la superficie dove ci muoviamo. Tu però vivi sulla superficie, tu sei la superficie che ti ha fatto parlare con una foga assurda di un'elezione amministrativa o di un individuo che non conosci; ed è per questo che, quando uscirai poco prima dell'alba e la rete dei fanali, gli alberi allineati fra le case del sobborgo, le sagome dei pendolari che vanno a lavorare ti sorprenderanno, verrai colto da una forma di vergogna che supererai facilmente, perché questa è ormai la tua vita, l'unica cosa che conta per te, l'orizzonte che non puoi oltrepassare.

Territori

La persona che incrocia la tua vita battendo i tasti della cassa non sa nulla di te, ma può capire cosa possiedi e cosa desideri da come sei vestito; può misurare la distanza che separa i vostri mondi mentre ripete l'azione per la quale viene pagata e che le permette di vivere. Da qualche parte custodisce le passioni che rendono tollerabili i gesti ripetuti per otto ore fra questi scaffali e che le trasmettono la docilità con cui rimane seduta a replicare gli stessi movimenti, aderendo a ciò che le è accaduto, a ciò che è stato fatto di lei, come a un destino che è insensato contestare. Si protegge prolungando abitudini, costruendo un territorio. Il tuo comincia oltre la porta che hai aperto, fra i passanti sotto i cartelloni, mentre il paesaggio che conosci ti riporta in te stesso, un cielo teso oltre i palazzi, la luce del mattino sopra i tuoi luoghi comuni.

Pure Morning

L'urto delle gocce sulle foglie,
 la condensa, la luce che rischiarava
 i gerani strappati e ancora vivi nel vapore
 del ghiaccio che si scioglie,
 la terra sparsa sul balcone dai vasi - vedevamo
 una periferia enorme oltre le grate
 del terrazzo e nelle luci
 di casa le persone vivere,
 mettere nel buio le stanze illuminate; e poi più in là
 tra gli spazi vuoti, i fili e il muro
 della circonvallazione, cominciava
 la rete dei viali e la metropoli
 immensa si mostrava. Dopo, se il cielo
 diventava chiaro e le colonne
 dei fari segnavano le strade, il rombo
 fuori dai vetri era pieno
 delle vite che vedevo
 rapprendersi in quegli attimi, quando la fila
 delle auto si ferma e ci guardiamo
 esistere dai finestrini, tra i fanali,
 il loro cerchio nel cono della pioggia, dentro i secoli
 che ora mi vengono incontro
 dai campi coltivati, dai caselli
 di Milano se la nebbia si dischiude. Ogni vita
 è solo se stessa: questa luce
 bassa sulle case, i primi treni
 che aprono il vento e ci sorprendono
 in una specie di torpore,
 la pastiglia nel bicchiere, gli adolescenti,
 nel video, che cantano il dolore;
 quando sembra che la mente nasconda

a se stessa il gesto di fuggire
 la mattinata pura, i fatti nudi,
 nel rumore di tutti il tempo che si perde
 per essere solo ciò che siamo adesso,
 per diventare solo solitudine.

Da *La pura superficie* (inedito)

La pura superficie è fatta di testi numerati e divisi in sezioni. Alcuni sono in versi, altri in prosa; alcuni sono scritti in prima persona, altri in terza (o in seconda); a volte la persona di cui si parla coincide con la persona che ha messo la firma sul libro, altre volte no; in certi casi la prima versione dei testi è stata scritta da Wallace Stevens come dice il titolo, in certi altri no. Queste differenze, fondamentali su un certo piano di realtà, sono, su un altro piano, del tutto irrilevanti.

Uscire

Esce di casa per una ragione precisa, la dimentica,
 sale su un autobus che non conosce, si ritrova
 fra le persone, le schermo col linguaggio,
 dice “studente fuorisede”, “tatuata”, “filippino”
 per non vedere il fuorisede, la donna tatuata, il filippino,
 poi viene travolto dalle frasi assurde, le mani colorate
 come animali onirici,
 come uccelli tropicali, l’anarchia degli altri.

Da qualche anno le cose mi vengono addosso senza protezioni. In sogno
 vedo denti rotti, punti di sutura, topi
 tagliati in due, all’altezza della mascella, che discutono fra loro.
 Spesso, quando parlate, io non vi ascolto,
 mi interessano di più le pause nelle conversazioni,
 ci leggo un disagio che oltrepassa la psicologia, qualcosa di primario.
 La tatuata scende prima di diventare umana, dal finestrino
 si vedono solo dettagli, per un attimo
 il filippino significa qualcosa,
 poi prova le suonerie, il suo rumore
 mi ottunde internamente, vorrei colpirlo.
 Ero uscito per comprare una di quelle lampadine a led
 di nuova generazione, di quelle che non si bruciano,
 un paio di forbici, la frutta, un cocomero.
 Ho scritto un testo che non tende a nulla, che vuole solo esserci,
 essere un aneddoto, come tutti, stare in superficie.

Grammatica

L'insetto enorme che occupa la parete del salotto si è scontrato per ore col vetro cercando di uscire. Troppo pesante per essere ucciso senza rimorsi come un insetto piccolo, esprimeva il proprio terrore scagliando se stesso contro un limite che non poteva percepire. Ho aperto i vetri per aiutarlo ma la differenza fra di noi era così grande che ogni mio gesto, indecifrabile per lui, ne amplificava paura. Cercavo di capire che cosa percepisse, volevo evitare che la sua agitazione perdesse valore diventando una funzione della mia, una metafora umana. Il suo movimento entrava in me, tentava di dividermi. Il fiume, le persone, l'ufficio postale oltre il vetro erano piccoli in quel momento, diventavano superficiali. Perché alla fine non possiamo comprendere: troppo grande la differenza, troppo pesante ciò che gli altri suscitano in noi. Però la loro agitazione allude a un'angoscia, compone una grammatica che misteriosamente ci appartiene. È per questo che ora esco dalla stanza e lascio aperta la finestra, è in nome e per conto di questa grammatica che adesso sono in pena.

Étoile

Questa persona non significa nulla per te. La penetri per inerzia,
per la logica della serata, quasi tutto ti sfugge,
l'angoscia che provi al risveglio vuol dire che sei solo.
Nel dormiveglia ricordi le unghie imperfette,
i liquidi sulle coperte, le crepe che si aprono
fra le parole che hai detto, fra le parole
che non hai detto, i dettagli
di questa persona, la sua irrealtà, la sua orrenda
patina dialettale. È il giorno dopo,

i passeggeri, sulla linea sei, portano fuori se stessi,
le nuvole sfiorano i vagoni, dai vetri si coglie
la natura di scatola, di riparo, delle case umane.
Da qualche tempo gli eventi scivolano sopra di me,
non mi toccano. Su questo lato
sono con voi, un altro scorre dentro,
è invisibile e mi sovrasta.
Ho proseguito oltre l'ultima fermata,
Étoile, senza una ragione,
guardavo gli altri, volevo distruggere o capire.

Barely legal

Ti piace molto, nei porno, quello che si vede ai margini delle scene, quando scompare la teatralità di un'arte pensata per mostrare delle forze che, in linea di principio, accadono attraverso i corpi ma esistono dentro, in una regione invisibile. Perciò ti piace questo video che finisce nel silenzio: l'adolescente ucraina si siede sulle ginocchia e guarda avanti verso un punto generico, l'uomo in piedi sopra di lei regge la camera con una mano, con l'altra si tocca, il pene divide in due lo schermo, l'osservatore aspetta lo schizzo sulla faccia. La ragazza è molto giovane e non ha piercing, tatuaggi o segni di degrado, non sembra masochista, esibizionista o borderline, non si muove come una puttana, non si muove come una bambina, non agisce secondo i codici dei porno che vorrebbero riprodurre una naturalezza inesistente in un atto, scopare, che è sempre esposto allo sguardo di un altro e che, come tale, è sempre opaco, sempre innaturale. È in un ambiente difficile, fatica a concentrarsi, si lascia filmare come pattuito, ma interiormente si ritrae in uno spazio solo suo come fanno le persone, tutte le persone, quando si proteggono dal disagio. La consideri umana. È un video violento. Per questo ti interessa.

Che questa persona giri il video non è per te una violenza, o potrebbe diventarlo solo attraverso una serie di passaggi troppo astratti, troppo moralistici per significare qualcosa adesso, quando ti cali le mutande. Dentro il computer c'è la quantità enorme dei porno, come se internet poggiasse su un fondo che tutti conoscono e che nessuno nomina; dentro il computer c'è la massa degli individui che finiscono nei porno, come se fossero nate almeno due generazioni per le quali farsi filmare mentre si scopano a pagamento non è molto diverso che vendere il proprio lavoro passando merci su un lettore o piegando stracci da Pinko, esposti a un contratto a tempo, alla maleducazione dei clienti, a otto ore di musica commerciale. O magari è il modo più semplice per non essere un essere qualunque, per esistere sopra la massa di quelli che, nella massa, rimangono impercettibili. Oggi faticati a dirlo, fra qualche anno sarà un'idea comune. L'uomo smette di toccarsi e la penetra un'altra volta; c'è un momento vuoto in cui il pene non entra senza lubrificazione. Lei si lascia picchiare o sodomizzare senza problemi, è la grammatica erotica del presente, è uno standard. Dov'è l'attrito allora, dov'è la resistenza?

È nell'atto di guardare, di vedere questa persona mentre compie un'azione che non appartiene alla sua vita visibile e che le esiste contro - contro l'io che si copre di vestiti e inscena un'identità altra, protetta dalle forze che vi muovono quando penetrate o vi fate penetrare, un'azione intimamente solitaria e fatta di aggressioni, un gesto che nega quello che siete quanto state eretti nei vostri abiti a discutere di caparre, figli piccoli, quarti di finale, un movimento senza aloni, a suo modo sempre vero, che fa sembrare la vostra vita visibile una schermatura, una costruzione fatta per incapsularsi e coesistere senza attriti, prevedibilmente. L'uomo accelera, l'ucraina dice *so much cum*, lo schizzo le finisce fra i capelli, la carta igienica si bagna da questa parte dello schermo. Ora puoi tirare su i pantaloni ed essere te stesso, ora puoi pulire.

Quattro superfici

Gli altri in quanto esseri esteriori,
 superfici o corpi. Chi dice io invece non ha corpo,
 vede soltanto le proprie mani, le guarda come pròtesi,
 osserva gli altri mentre tengono
 la propria vita interna dentro i volti,
 scopre di avere un volto solo nelle foto.
 È osceno essere esposto, essere una cosa – io, quest'auto,
 la vetrina del barbiere, la busta
 delle patatine sul marciapiede di via Gallia.
 La seconda superficie è la percezione,
 il modo in cui crea un piano di realtà semplificando.
 A volte, in sogno, vedo le persone
 senza la parete addominale, con gli organi aperti.
 È un sogno, significa molto.
 In questa poesia significa ciò che normalmente
 resta impercettibile, la meccanica del corpo, il tubo
 di feci che portate dentro per esempio, la sorpresa
 di quando la merda si mostra all'esterno come una sostanza aliena.
 La terza superficie è il linguaggio,
 le sue astrazioni, l'idea che possa esistere qualcosa
 come ciò che i segni *possa, esistere e qualcosa*
 cercano in questa frase di esprimere.
 La quarta è l'immagine interna degli altri,
 il loro peso immenso, il loro campo.
 Agisco per voi, scrivo questa poesia per essere accolto,
 divento libero solo quando morite internamente.
 Il rimorchio sbanda contro la nostra auto fra Chiusi e Roma,
 io lo osservo senza angoscia, è una specie
 di sguardo puro, di cinematografia della mia morte. Ma Daniele
 Balicco resta calmo, l'automobile passa, per qualche minuto
 non parliamo, poi tornano gli aneddoti,
 le biografie, quattro persone.
 L'inglese ha un'espressione che mi piace molto,
small talk. Sono i discorsi di superficie,
 le parole di contatto, ciò che Heidegger,
 in *Essere e tempo*, chiama la chiacchiera, *das Gerede*. In italiano,
 nella nostra lingua interna, il termine che usiamo più spesso
 per indicare tutto questo è 'cazzate'.
 Le opinioni su ciò che ignoriamo, i discorsi
 che escono dai cellulari e entrano nei vagoni
 in mezzo a tutti: i figli, un'infezione all'unghia,
 Pogba, i nemici privati che non conosciamo - gli altri
 parlano di cazzate. Chi dice io fa eccezione, è l'unico
 che esista veramente, è il soggetto.
 Quando Daniele Balicco riprende il controllo siamo vivi,
 parliamo di cazzate. Non aderisco a nulla, mi sembra
 che non aderiate a nulla, siete la parte che manca
 nel vostro mondo, siete un luogo inabitato.